

La crítica hora presente, que es de brega de culturas, nos impone la responsabilidad de encontrar la fórmula salvadora que revele la actitud de los pueblos iberoamericanos frente a la vida, salvándolos de su inadaptación al momento histórico.

Los países latinoamericanos consumaron su independencia política, pero no han realizado su independencia económica, ni su integridad étnica por la fusión de las civilizaciones india y occidental; viven aún la etapa de la utilería colonial al amparo de regímenes institucionales incompletos; su alimentación depende, en gran parte, de los pueblos industriales cuya técnica es la clave de nuestra subordinación; las riquezas de nuestros suelos dan prosperidad y trabajo a otros pueblos mientras que señorea en los nuestros la pobreza en medio de la desorganización de nuestra producción; el dominio de nuestros territorios no se disputa ya en los viejos campos de la insurgencia, y en lugar de las heráldicas clarinadas de los caballeros armados, presenciamos la batalla de las concesiones, la disputa de los mercados y la presión de los empréstitos forzosos, habiendo quienes, en lugar de acuartelarse en la atalaya de nuestro espiritua-lismo irredento, para ennoblecernos con las disciplinas del trabajo constante y fecundo, predicán la rendición incondicionada al mate-rialismo omnipotente, al que queman incienso y entonan hosannas. El éxito inmediato, el vértigo del guarismo y el apetito desenfrenado de riquezas materiales son el piélago en que caerá la juventud de nuestro siglo, si olvidando que el maravilloso y gigantesco dominio de la voluntad sobre las fuerzas y secretos de la naturaleza debe sólo servir para la consecución de la felicidad sujeta a un elevado fin moral, y que la cultura--equilibrio de los atributos humanos--busca la armonía de los instintos con el alto sentido de lo ideal, la conjunción de la razón y la intuición, la fusión del bienestar con la equidad, de la palabra y la acción, de la inteligencia y el sentimiento, la realiza-ción simbólica del delirio bolivariano que, al elevar su mente hasta la altura de los astros y tocar con su mano los soles infinitos, descansa-ba sobre las firmes rocas del Chimborazo, dominando el Universo con sus plantas.

La solución de esta incógnita de cultura que debate al siglo es la gran oportunidad de nuestra raza que sufre el duelo entre el sistema de la máquina y el de la espada, es el dilema entre la anarquía y la autoocracia, y entre la demagogia desenfrenada y la tiranía, entre el imperialismo comunista y el comunismo imperialista, porque la actitud de ambos es la misma que la de la dictadura de cualquier casta social, étnica o plutocrática, que se apoyan en la utopia de una igualdad que desconoce la aptitud y el mérito o en la creencia de las razas superiores o en la omnipotencia arrolladora y absorbente del capitalismo. Ambos pueden llamarse con el mismo nombre, porque tienden a borrar las per-sonalidades nacionales, a suprimir la originalidad inconfundible de los